

Pensamiento fugaz.

V.M. Cameron



Capítulo 1 Siento una profunda presión en el pecho.
Como al principio, ¿recuerdas?
No dormíamos, noches enteras hablando. Lo di todo y
tú te aprovechaste.

Bien, gracias. Gracias por nada, gracias por darme tu
"profunda amistad" por que para ti fui "la mejor,
genial" por quedarme impasible mientras me decías "no
sé qué haría sin ti". Sí, gracias por demostrarme que es
mentira.

Intentaré olvidarlo yo también, aunque sé que tienes
mucho mejor memoria de la que aparentas.

Déjame llorando.

[youtube]<http://www.youtube.com/watch?v=zRIbf6JqkNc>[/youtube]

Capítulo 2 No hay demasiado que decir. Soy una española/dominicana que sólo sueña con poder dedicar su vida a crear historias que congelen, aceleren, estremezcan y llenen a los lectores de mil sensaciones indescriptibles.

Hago todo lo que puedo por escribir algo que me satisfaga y pocas veces lo consigo.

Suelo tener mala suerte con prácticamente todas las cosas que intento, pero aún así siempre termino viendo el lado bueno a las cosas.

Amiga de mis amigos, heavy hasta decir basta y cada día intentando conocer más y mejor.

Leo todo lo posible y lucho por sacar tiempo para escribir durante toda mi vida. Admiro profundamente a J. K. Rowling, Carlos Ruiz Zafón y Patrick Rothfuss (entre muuuuuchos más)

En mi tiempo libre canto en una banda o entre amigos, que puede significar lo mismo.

¡Y mil cosas más que me sería imposible explicar en sólo un documento!

Quizá una canción haga que se me conozca mejor :)

[youtube]<http://www.youtube.com/watch?v=g0MOfp8k6go>[/youtube]

Capítulo 3

Has pasado llorando todas las noches desde ese día. Desde aquel momento en el que las cosas quedaron claras: nunca estaríais juntos. Él no sentía lo mismo.

En ese instante sentiste que tu corazón se partía en dos, no una rajita, no; completamente roto.

Pero tranquila, no todo es negro, nunca lo es. Sí, duele mucho, pero sólo hasta que llega día. Ese buen día en el que te levantas, te duchas y, justo mientras desayunas, te percatas de que esa es la primera vez que piensas en él en todo el día.

Te encuentras confusa durante unos segundos y te preguntas qué es lo que pasa. Algunas dudas más te asolan: ¿Era esa su voz? ¿Sus ojos eran exactamente como los estás recordando? ¿Por qué, de pronto, ya no lo ves tan perfecto? ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que lo viste o hablaste con él?

Y para tu sorpresa, tu mente comenzará a pensar automáticamente en qué comida harás ese día, que tienes que llamar a tu amiga Laura o incluso en lo azules que son los ojos del chico que siempre te sonríe en la panadería.

Y pasarán horas hasta que su imagen vuelva a tu cabeza, y su voz será menos encantadora esa vez, al igual que sus ojos serán menos brillantes. Y su sonrisa ya no te provocará cosquilleos en el estómago.

Ese día llegará, y no está tan lejos como parece.

El mundo sigue girando, cariño.

Capítulo 4

[youtube]http://www.youtube.com/watch?v=76rpII1OV9c[/youtube]

Capítulo 5

La joven fingía no darse cuenta de dónde se encontraba en esa oscura y fría noche.

La lluvia golpeaba duramente su cabello suelto, sin paraguas, su gruesa cazadora y la maleta roja que reposaba a su derecha, en esa vieja estación de autobuses.

Apenas a un metro de ella habían sucedido cosas. Muchas cosas.

Besos, abrazos, despedidas, llantos, ruegos. Él le había roto el corazón allí una vez. Claro que también había que tener en cuenta que lo había hecho cuatro veces.

Pero eso era agua pasada. Jamás volvería a suceder, ya no tendría oportunidad de hacerlo.

Sonrió tristemente. Extrañaría muchas cosas de su ciudad. ¿Lo extrañaría a él? No lo sabía. Aún.

Recordó con nostalgia los lloros de sus amigos al despedirse de ella, la insistencia de sus padres por acompañarla hasta allí y la preocupación de sus familiares respecto a qué haría a partir de entonces.

Pero ella sólo podía visualizar su felicidad. La felicidad que encontraría lejos de allí, en cualquier otro lugar. Desde que lo conoció a él supo que no podría aguantar

a su lado, se asfixiaba al saber que no sería suyo nunca.

Era curioso ver cómo, para una persona que hasta hacía bien poco no creía en el amor, estaba resultando tan doloroso soportar todo eso. ¿Quién se lo iba a decir?

Aguantó las grandiosas ganas de mirar hacia atrás y recordar viejos momentos. No, no debía hacerlo. Tenía que ir hacia delante o jamás lo superaría.

Cada vez más cerca, reconoció el gran autocar rojo abriéndose paso entre la espesa lluvia.

Asió con más fuerza la maleta y por última vez se permitió recordar algo doloroso, simplemente para no olvidar el daño que una persona puede infringirle a otra.

Recordó una noche oscura y fría, exactamente como esa; ella llorando en su hombro y él mortalmente callado. Luchando por no pronunciar unas palabras que la hirieran más, si eso hubiera sido posible.

Apretó los ojos unos segundos, por supuesto que no iba a llorar. Estaba feliz porque se iba y eso era lo único que importaba en ese momento.

El autocar llegó y la puerta se abrió automáticamente. El conductor bajó y se apresuró a introducir la maleta en el baúl del autobús.

Ella, después de respirar una última vez el aire húmedo de su tierra, subió las escalerillas con gran decisión.

Ni siquiera miró hacia atrás una última vez.

Capítulo 6

Se gustaban. Y ambos lo sabían. Pero aun así ninguno daba el primer paso para ser felices, sino que cometían el mismo error: era algo inexplicable, algo que los dos hacían cada viernes a las diez.

Ellos pasaban juntos todos los días de su vida. Seguramente no habrían sobrevivido 48 horas separados, es más, ni siquiera habían hecho la prueba.

Ella suspiraba cuando la puerta se cerraba y volvía a quedarse sola en su habitación cada sábado a las tres de la mañana. Él la acompañaba a casa a esa hora y ambos se daban un tierno beso en la mejilla antes de despedirse.

Él se desesperaba cada domingo a las nueve de la noche, tras pasar toda la tarde con ella viendo una película, jugando al fútbol, dando un paseo...

Era una especie de infierno que ambos habían construido para ellos solos cuando, cada lunes a las ocho de la mañana, ella se preguntaba: "¿Habrá vuelto a ver a esa chica? ¿Estarán saliendo?"

Y él, los martes a las tres de la tarde, mientras volvían juntos a casa después de clase y cuando oía que un suspiro salía de los dulces labios de ella, o veía una mirada perdida durante unos segundos, no podía evitar pensar: "¿Ha pasado algo con el tío del otro día? ¿Se habrá enamorado?"

El miércoles a las ocho de la tarde, mientras estudiaban, se dedicaban a mirarse de reojo, intentando que el otro no fuera capaz de percibirlo. Y cada vez que sus manos se rozaban unos segundos para prestarse un libro, o sus miradas se encontraban de pronto, como por arte de magia, la chispa saltaba. Durante un instante lo sabían, sabían qué estaba pensando el otro y lo necesario que era que estuvieran juntos. Lo sabían pero no querían verlo.

Los jueves a las seis eran los peores momentos. Ambos cometerían el mismo error de siempre al día siguiente, y también verían al otro cometerlo.

Y así llegaba el viernes. El maldito viernes a las diez. Todos sus amigos se juntaban, en el sitio de siempre, a la hora de siempre. Ellos llegaban, cada uno con un extraño de la mano, cualquiera, daba igual. Algunas veces era el mismo que la semana anterior, otras cambiaba. Algunos extraños se

quedaban, otros se iban.

Ella observaba a la extraña que él había llevado ese día. Sonreía falsamente y fingía aprobación, felicidad. Mientras, mil demonios se apoderaban de su mente en esos segundos: la extraña era tan guapa, tan simpática, tenía una sonrisa perfecta o unos ojos preciosos. La odiaba.

Y mientras ella apretaba aún más el brazo de su extraño, por rabia e ira, él lo interpretaba como si ese extraño fuera el que le arrebataría a su amor definitivamente. Los celos lo enloquecían, dejaba de pensar y sólo podía imaginar cómo ella estaría entre los brazos de él esa noche. Y no en los suyos.

Siempre era igual. Todo volvía a la normalidad el sábado, cuando no había rastro de los extraños. Pero aun así, seguían cometiendo el mismo error cada viernes a las diez.

La vida nos mata a todos.

Parecían haber pasado siglos desde la última vez que habló con alguien. A veces hablaba sola.

Sus cabellos se habían blanqueado, sus ojos ya no irradiaban luz.

Atrás habían quedado las fiestas, las risas y las miradas de los muchachos sobre ella.

La belleza la había abandonado, al igual que todo lo demás.

Su vida era monótona, las arrugas se habían establecido permanentemente en su piel, antes suave y lisa.

Le dolía el cuerpo, aunque no tanto como el alma.

Su soledad la torturaba.

Solía llevarse los dedos a la mejilla para asegurarse de que seguía existiendo, porque a veces, incluso ella llegaba a pensar que ya se había ido.

Olvido

Has pasado llorando todas las noches desde ese día. Desde aquel momento en el que las cosas quedaron claras: nunca estaríais juntos. Él no sentía lo mismo.

En ese instante sentiste que tu corazón se partía en dos, no una rajita, no; completamente roto.

Pero tranquila, no todo es negro, nunca lo es. Sí, duele mucho, pero sólo hasta que llega ese día. Ese buen día en el que te levantas, te duchas y, justo mientras desayunas, te percatas de que esa es la primera vez que piensas en él en todo el día.

Te encuentras confusa durante unos segundos y te preguntas qué es lo que pasa. Algunas dudas más te asolan: ¿Era esa su voz? ¿Sus ojos eran exactamente como los estás recordando? ¿Por qué, de pronto, ya no lo ves tan perfecto? ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que lo viste o hablaste con él?

Y para tu sorpresa, tu mente comenzará a pensar automáticamente en qué comida harás ese día, que tienes que llamar a tu amiga Laura o incluso en los azules que son los ojos del chico que siempre te sonrío en la panadería.

Y pasarán horas hasta que su imagen vuelva a tu cabeza, y su voz será menos encantadora esa vez, al igual que sus ojos serán menos brillantes. Y su sonrisa ya no te provocará cosquilleos en el estómago.

Ese día llegará, y no está tan lejos como parece.

El mundo sigue girando, cariño.